

# *Transculturación y vida cotidiana (Fiesta, regocijo y transgresión en la América española)*

**MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ - BARBA\***

*Historia, cultura y cotidianeidad.* La aproximación a la realidad histórica, permite la distinción de dos ámbitos que, aunque conexos entre sí, deben diferenciarse en sus contenidos. Ambos se originan en una misma fuente: la existencia humana; pero cada uno responde a distintas ideas estableciendo una frontera de relación, pues como ha afirmado Catalano(1), “el mayor realismo respecto a la historia consiste en saber que en ella todo es relación”. Estos dos ámbitos significan lo que hay que *realizar* —lo cual ha llevado a la afirmación de que la historia está constituida por una serie prácticamente infinita de procesos de acción— y lo que hay que *conocer*, en la medida en que el hombre es un ser ávido de información para saber, entre otras cosas, cuál es

\* Catedrático de la Universidad Complutense.

su propia identidad. De modo que la historia es, simultáneamente, la vida de los hombres haciendo frente a una situación(2) y un ansia de inmensidad, espacial y temporal, para comprender la realidad tanto presente como pasada y futura. El hombre tiene que crearse su verdadera naturaleza, que es la Cultura(3), en el doble plano del “tener” y del “ser”(4), respecto a los cuales el hombre genera su más importante derecho natural, que es la libertad. La historia parte del hombre, debe su especial dinamismo al hombre y su conocimiento y explicación corresponde al hombre.

Por ejemplo, la noción de juego desempeña un papel importante en varias teorías filosóficas, estéticas, psicológicas y antropológicas. Mientras, para algunos, el juego cumple una finalidad estrictamente biológica, para otros, puede separarse de su origen. Huizinga(5) rechaza todas las especulaciones teóricas, afirmando que el juego es una función del ser vivo, dotado de independencia respecto a otras actividades, cuyo conjunto forma parte de la cotidianidad del hombre(6). El primer desarrollo de las ideas de Huizinga lo encontramos en su discurso rectoral de Leyden (1933) sobre los límites del juego y de la seriedad en la cultura. Con posterioridad, Sylvain Auroux y otros investigadores del CNRS(7) han insistido en torno a éste aspecto de la Cultura humana, que con tanta intensidad se pone de manifiesto en los supuestos de transculturación y los correspondientes resultados de “aculturación” cuando, como consecuencias de contactos, producto de expansiones, surge una tercera cultura que conserva rasgos de las dos que entraron en contacto y comunicación.

*Hispanoamérica: fiestas, regocijos y transgresiones.* Las gravitaciones de unas culturas sobre otras, producen importantes experiencias históricas, fundamentales para la comprensión de los hombres —sociedades, economías, civilizaciones— y de las obras que estos han originado en su función creadora(8). Durante los cuatro milenios de vida histórica, son muchas las gravitaciones en la historia del mundo. Sin duda la más decisiva y trascendente fue la realizada por España sobre América, desde el Descubrimiento (1480/1530) hasta la Independencia (1776/1830)(9), en ese espacio geohistórico conocido como la América Española, sobre el cual afirma el gran historiador Fernand Braudel: “La América Española, forzosamente y desde el comienzo, fue siempre un elemento decisivo de la historia del mundo...”(10). A través del Océano —cuyo señorío perteneció a los Reyes de España en virtud del Tratado de Alcaçovas (1479)(11)— se establece una poderosa corriente de comunicación humana y social, en la cual se produce el trasplante de la cultura del mundo ibérico —síntesis de la cultura mediterránea y de la cultura de la sociedad cristiana occidental— a las tierras del Nuevo Mundo. Esta cultura se dejó influir profundamente por el nuevo ambiente —geografía, historia, cultura— produciéndose de este modo una fusión, en la que aparecen formas que son nuevas peculiaridades del ser hispánico: las morfologías culturales hispanoamericanas, en las que hay, por una parte, una tradición ibérica, con unas aplicaciones de índole netamente americanas. Así se aprecia en el arte, en la literatura, en los sistemas municipales, en la posesión de la tierra, en las ciudades, en los sistemas de labranza, en las costumbres, juegos y fiestas; “vino nuevo en odres viejos”.

Ambas culturas —la ibérica y las americanas— eran netamente vitalistas. Consustancial con la vida son las fiestas que, tanto en el ámbito social, como en el familiar, institucional o personal, muestran el ansia del hombre de vivir y paticipar, en lo religioso, del tiempo sagrado de la eternidad como cauce principal de la espiritualidad; en las costumbres comunitarias, signo de alegría, júbilo y participación colectiva, e incluso de transgresión de normas. En todo caso, manifestación de tolerancia, conmemoración de efemérides, que incluye el cese de todo trabajo, de modo que la persona y la comunidad accedan al tiempo de ocio. La etimología del “dies festus” supone ya

regocijo, alegría, quizá ansia de trascender la soledad para una conmemoración conjunta y simultánea de la efeméride por todos aquellos que sienten la identidad de una cultura común y que, además, en la lejanía de sus orígenes del arraigo, sienten la necesidad de ser solidarios con las tradiciones que fueron parte de su vida en los lugares de procedencia.

*Fiestas religiosas y diversiones profanas.* Desde el primer momento, las fiestas son, o de carácter religioso —en íntima conexión con la profunda religiosidad popular, que trascendía de los templos a la vía pública— unas veces como testimonio penitencial bien de índole social, o como expresión de solidaridad pública respecto al ocio y la diversión. Era frecuente que las fiestas tuviesen la condición de festividad religiosa y festejo popular. Ludwig Pfandl, que tanta atención puso a estos acontecimientos como expresión del fervor popular(12), advierte cómo los días festivos se multiplicaban con motivo de las famosas representaciones en un acto (“autos”) que, desde la época medieval se extendieron en España —pasando de aquí a América— contribuyendo decisivamente a la formación y desarrollo del teatro. En las festividades religiosas el primer lugar correspondía a las procesiones y las solemnidades litúrgicas —Adviento, Navidad, Reyes, Pascuas, Corpus Christi, Todos Santos— pero también tenían lugar señalado —una muestra más de condolencia participativa ante la muerte— los funerales de reyes, miembros de la familia real, príncipes de la Iglesia y grandes dignatarios del Estado.

Pero eran las diversiones y fiestas populares las que, con mayor asiduidad e intensidad, generaban en la vida virreinal hispanoamericana una de las manifestaciones de ocio, alegría y coparticipación entre aquellos que vivían la comunidad urbana, aldeana o rural, especialmente en las grandes haciendas. Uno de los recreos preferidos fue el de los paseos en campo abierto (excursiones, meriendas, etc.) en el bosque o a orillas de los ríos. Las fiestas comunitarias más extendidas y populares, con mayor arraigo en las costumbres y en la vida cotidiana de los pueblos español e hispanoamericano, fueron, sin duda, las representaciones teatrales, las corridas de toros, los juegos de cañas y las Carnestolendas, de donde derivan tradiciones, que todavía hoy se conservan en el mundo hispanoamericano.

El teatro tiene una importancia fundamental. En todas las ciudades se instalaron, o adaptaron, locales destinados a representaciones teatrales. Eran las “Casas de Comedias”, sometidas a minuciosas reglamentaciones por la autoridad civil, y vistas con recelo o fulminantemente condenadas por la Iglesia. En el repertorio de obras tenían predominio las españolas, cuyos textos llegaban abundantemente a América; el público llenaba los lugares de representación. No es de extrañar que en las grandes capitales virreinales se forjase una tradición y que, de allí, surgiesen nombres de alto rango, como el mexicano Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (México, c. 1580-Madrid 1639), uno de los grandes creadores del teatro del siglo de oro(13). Hasta hoy llega esta tradición teatral, como una de las fiestas singulares que solamente ha conseguido borrar, no en total medida, sus grandes sustitutos que son el cine y la televisión.

Las corridas de toros ofrecen una evolución que se inició en el siglo XVI, desde el ejercicio de destreza y valor practicado por gentes privilegiadas socialmente, hasta el espectáculo popular, con toreros profesionales. El Papa Pío V prohibió, en 1567, las corridas de toros bajo pena de excomunión; en 1575, Gregorio XIII mitigó el rigor, declarando la prohibición limitada a la asistencia de eclesiásticos. A instancias de Felipe II, Clemente VIII derogó incluso esta cláusula en 1596. Las plazas de toros más sobresalientes en España fueron la Plaza Mayor de Madrid y las

arenas de Lerma y Valladolid. Pronto la fiesta de los toros arraigó en la América española, donde tanto las dehesas donde se criaban toros bravos, como la tradición de espectáculo popular, produjo una importancia consustancial con el riesgo, el arte y el valor de los toreros que perdura hasta hoy. También el juego de cañas fue muy del agrado de la sociedad hispanoamericana, tanto en la pelea de cuadrillas, remedo de las justas medievales como cuando, en las plazas públicas, se practicaba el juego de la sortija y algunas variantes de la gallina ciega, entre otros.

Sin duda, la fiesta más popular transmitida desde el Viejo al Nuevo Mundo, fue el Carnaval —o Carnestolendas— que se celebraba en los tres días que preceden al miércoles de ceniza, celebrados con alegría desenfadada y toda clase de excesos que, en gran parte, hay que considerar como una posibilidad pública de transgresiones de las normas, quizá como desquite de los inmediatos días cuaresmales. Severamente prohibidos en España y en América (Carlos I en 1523; Felipe V en 1716-17 y 1745; Carlos IV en 1797), no resultó de ninguna manera fácil el cumplimiento de la prohibición y mucho menos la obediencia de la norma. Puede apreciarse, sin duda, el peso de una tradición que perduraba desde la época medieval, proveniente del Imperio romano, pues no hay duda que tales festejos derivan de las *Saturnales romanas* —estudiados magistralmente por el antropólogo Caro Baroja(14)— constituyendo en consecuencia una tendencia festiva humana llevada a un nivel social, en donde se une el ansia de escapismo de los individuos y el impulso de transgresión de lo prohibido. De ahí el vínculo entre libertad y sujeción, tal como lo estudió Frazer en su decisiva obra de análisis mitológico del área escandinava en relación con los mitologemas religiosos del paganismo romano(15).

En estas celebraciones populares desbordantes, existen dos aspectos fundamentales: una etapa de desenfreno y licencia transgresora —con un papel destacado por parte de las máscaras— seguido de otra de recogimiento y penitencia. Por supuesto que, en ambas, está presente la idea de la muerte, con el entierro del “Rey o Príncipe del Carnaval”, que Francisco de Goya inmortalizó en el “Entierro de la Sardina” del miércoles de ceniza.

La vida cotidiana hispanoamericana, en su aspecto festivo, alcanzó plenitud en el siglo XVIII(16). Aquella sociedad, montada sobre fundamentos aristocráticos-burgueses, de incipiente capitalismo oceánico, dejaba una amplia zona marginal en la cual los estratos sociales bajos cubrían un apretado haz festivo, sobre tres ejes esenciales de vida colectiva cotidiana: el *palacio virreinal*, centro de las fiestas oficiales, especialmente conmemorativas o de celebración de proclamaciones o muertes de personas de la realeza; las *calles* y especialmente la Plaza Mayor, y por último, las Iglesias, de modo particular la *Catedral*, si existía. Sin duda, las ciudades —la gran creación de España en América— fueron los centros principales donde se desarrollaron las fiestas populares. Eran los centros de comunicación, de intercambio, de ferias, fiestas y conmemoraciones. En el siglo XVIII, cuando ya existía un ejército de guarnición(17), en las ciudades había desfiles de tropas de caballería e infantería. Las llegadas de Virreyes, gobernadores o Arzobispos, revestían un particular boato. En ocasiones muy señaladas tenía lugar el paseo del Pendón Real, llevado por las calles por el Alférez Real, armado y a caballo en guisa de guerra y con una escolta militar con los vistosos uniformes de gala. Se celebraban entonces conciertos de música, corridas de cañas y de toros, bailes folklóricos y verbenas populares.

Cualquier fiesta era ocasión inmediata para celebrar festejos como mascaradas, carreras de caballos, riñas de gallos, espectáculos teatrales, así como toda clase de juegos de azar y envite. El

juego de pelota y el teatro fueron los dos espectáculos de máxima concurrencia. La afición al frontón fue considerable. En el siglo XVIII llegó a concretarse un arte dramático genuinamente americano, compuesto de óperas, zarzuelas, comedias, dramas, piezas patrióticas, etc. En Lima destacó Pedro de Peralta Barnuevo(18), considerado como el más importante dramaturgo criollo. En 1757 en la Plaza Mayor de Buenos Aires dio exhibiciones en la maroma el acróbata valenciano Blas Landro, con gran complacencia del público que asistió masivamente a presenciar el espectáculo. También con las primeras representaciones circenses de prestidigitación o juegos de mano. Las mascaradas, asombrosamente semejantes a las fiestas de Carnaval, eran las preferidas del pueblo bajo y se celebraban por los más diversos motivos en cualquier época del año. Se organizaban especialmente en las fiestas universitarias, en las que comparsas de estudiantes salían disfrazados de personajes históricos, mitológicos o bíblicos, símbolos de virtudes o dioses de religiones primitivas. Al amparo de la oscuridad y bajo el anonimato del disfraz, proliferaban las aventuras galantes. El Carnaval como tal apareció ya en el siglo XIX, basado en la música, el baile y los grupos de comparsa y carroza, caracterizado con un suntuoso ornato artificial, tratando de atraer, ya, el turismo internacional.

En consecuencia, en la América ibérica, este vitalismo festivo revela una tendencia a la diversión y al escapismo, al tiempo que un poderoso sentimiento de participación, especialmente religiosa. Tendencia a la fiesta y al ocio de participación comunitaria, expresión de un fuerte arraigo religioso, profundas pasiones de libertad y transgresión, constituyen componentes fundamentales del género de vida colectiva de la sociedad hispanoamericana, como constantes permanentes, no de los márgenes sociales, sino profundamente enraizado en la tradición y con una abierta tendencia a la innovación y la aculturación de representaciones, tanto de la sociedad indígena, como de la sociedad europea, incluso de culturas anglosajonas.

## NOTAS

- (1) FRANCO CATALANO: *Metodología y enseñanza de la Historia*, Barcelona, 1980.
- (2) XAVIER ZUBIRI: *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1952.
- (3) Esta teoría ha sido recogida por la escuela francesa de *Annales*, del antropólogo Levi-Strauss (Apud: *L'identité*, París, 1977).
- (4) ERICH FROMM: *¿Tener o Ser?*, México, F.C.E. 1978.
- (5) HUIZINGA: *Homo Ludens. Proeve eener bepalming van het spelelement der cultuur*, 1940 (trad. esp. *Homo Ludens*, 1943).
- (6) El reciente y espectacular desarrollo en los contenidos de la Ciencia histórica de los aspectos relativos a la vida cotidiana, puede apreciarse en las tendencias historiográficas de todos los países europeos.
- (7) *VI Encuentro de la Ilustración al Romanticismo. Juego, fiesta y transgresión*, Universidad de Cádiz. Servicio de Publicaciones, 1995.
- (8) M.J. HERKOVITS: *Man and his works. The Science of cultural anthropology*, New York, 1948 (ed. esp. F.C.E. 1952).
- (9) MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: *Historia de América*, Madrid, Alhambra, 3.ª ed. 5 Vols. 1988.
- (10) Así la denomina el gran historiador francés FERNAND BRAUDEL en su decisiva obra: *Civilización material, Economía, Capitalismo*, tomo III, "El tiempo del mundo", Madrid, Alianza Editorial, 1948.
- (11) MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: "Rodrigo Maldonado de Talavera y la 'demarcación' del Océano", en Homenaje al profesor Alfonso García-Gallo, Universidad Complutense, Madrid, 1996, tomo III, vol. 1, pág. 101-126.
- (12) LUDWIG PFANDL: *Historia de la Literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona, 1933.

- (13) MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: *Historia y Literatura en Hispanoamérica (1492-1820). La versión intelectual de una experiencia*, Madrid, Castalia, 1978.
- (14) JULIO CARO BAROJA: *El Carnaval, análisis histórico-cultural*, Madrid, 1965.
- (15) SIR JAMES GEORGE FRAZER: *The Golden Bough* (trad. esp./México, F.C.E. 1944).
- (16) MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: *La sociedad colonial americana en el siglo XVIII*, tomo IV de la *Historia Social y Económica de España y América*, dirigida por J. Vicens Vives, Barcelona, 1958.
- (17) JUAN MARCHENA FERNÁNDEZ: “El ejército americano y la política militar de España en América”, tomo II de la *Historia Social de las Fuerzas Armadas Españolas*, dirigida por M. Hernández Sánchez-Barba.
- (18) MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, op. cit. (1978).